

www.elboomeran.com

SÒNIA HERNÁNDEZ

EL HOMBRE QUE SE  
CREÍA VICENTE ROJO

BARCELONA 2017



A CANTILADO

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2017 by Sònia Hernández Hernández  
© de la ilustración de la cubierta, by Vicente Rojo. Colección: Juan  
Francisco González, Guadalajara, Jalisco  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Señal barroca en homenaje a José Carlos Berra* (1970),  
óleo sobre tela, 180 x 130 cm

ISBN: 978-84-16748-39-6  
DEPÓSITO LEGAL: B. 1364-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## PROSOPAGNOSIA

Berta dice que las cosas hermosas no están hechas para ella, o que ella no está predestinada a las cosas hermosas, o que a ella sólo le corresponden cosas feas. Existen muchos estudios científicos con los que se ha demostrado que la memoria se construye de la misma manera que se compone una narración: con frases que ordenan una serie de imágenes, sensaciones y experiencias para construir un argumento. Y la memoria es fundamental para la construcción de la identidad. Berta asegura que no puede poseer ni puede suceder nada bello en su vida. Así que, como ya ha formulado la sentencia, la realidad para ella se explica exactamente así.

Tiene quince años. Hace unos meses compró una máquina con la que prácticamente se ha afeitado el pelo de la cabeza. Dice que de esta manera es más fácil imaginarse la calavera que se esconde bajo el cuero cabelludo. Es la única parte de su cuerpo que exhibe con una actitud parecida a la complacencia, y no precisamente porque le guste o esté orgullosa de ella. Siente verdadera aversión por todo su cuerpo, por eso lo esconde entre prendas de ropa muy amplias, pantalones vaqueros y jerséis de lana bajo los que cuesta imaginar un cuerpo de adolescente.

A veces se encierra en el lavabo y se queda mirando fijamente su propia imagen en el espejo. Ésa constituye una de sus principales ocupaciones. Contra lo que pudiera parecer, no se mira para reconocerse ni para atisbar cada centímetro de su piel en busca de algún indicio que revele la actividad de su organismo. Todo lo contrario. Permanece

de pie frente al espejo, obligándose a no pestañear, hasta que sus ojos sólo perciben una imagen en la cual es imposible encontrar una armonía o un equilibrio que corresponda a un rostro.

Un profesor explicó en clase que existe una enfermedad llamada prosopagnosia, y que quien la sufre no puede identificar una cara. A Berta le produce una inquietante satisfacción llegar al punto en el que no reconoce la imagen del espejo. En esta disociación, logra verse desde fuera, como si fuese otra persona, pero ya sin cuerpo. Alguien que observa todo un conjunto de materia sin significado ni función.

El profesor en cuestión debía impartir una asignatura de introducción a la psicología y consideró que captaría la atención de los alumnos si empezaba hablando de la percepción y las ilusiones que es capaz de pergeñar el cerebro. Invirtió un buen número de horas en dibujar cubos en la pizarra con los que les descubrió la volubilidad de una figura geométrica que tenía en primer plano un cuadrado que, sin embargo, según se miraba, parecía pasar al segundo. Así, unas veces el cubo estaba orientado hacia la izquierda y otras, en cambio, hacia la derecha. Siendo siempre la misma figura, según la perspectiva el cubo parecía visto desde abajo o desde arriba.

Como esperaba, el profesor consiguió fascinar a los estudiantes. A Berta también, porque le gustó la idea de que las formas perfectas que percibimos se pueden descomponer en elementos menos armónicos, siempre y cuando uno sea capaz de borrar de su cerebro el discurso aprendido con el que nos explicaron cómo debíamos interpretar la forma del objeto final. De alguna manera, la explicación científica del profesor le daba la razón, puesto que la realidad, si no era manipulada durante la percepción por las palabras

que los adultos nos obligan a aprender, era siempre menos equilibrada y carente de significado.

Un día estuvo a punto de desmayarse en el lavabo de su casa mientras se observaba en el espejo. Los ojos bien abiertos para poder mirar directamente con el cerebro, desde detrás de los globos oculares. Sin darse cuenta, había dejado de respirar, y volvió a hacerlo cuando empezó a notar el primer desvanecimiento. Otro día, en cambio, en el vestíbulo del instituto no tuvo los mismos reflejos, y se hubiese dado un buen golpe contra el suelo o contra la pared de no haber sido por un hombre desconocido que, casualmente, se encontraba muy cerca de ella en el momento del desmayo. Esta vez no había sido en el baño, sino ante la garita del conserje, muy cerca de la puerta del instituto. Alguien había dejado apoyado contra la pared un cuadro de grandes dimensiones, ocupado en su totalidad por combinaciones geométricas de muchos colores que jugaban a crear el efecto de diferentes niveles, volúmenes y perspectivas. Escaleras de colores que era imposible saber si subían o bajaban; o si realmente se trataba de escaleras o por el contrario eran edificios, unos muy pegados a otros, compartiendo paredes. Inmediatamente, Berta pensó en el cubo que el profesor de psicología había dibujado en la pizarra y se detuvo ante la pintura para tratar de percibir los niveles diferentes de las figuras y su profundidad variable en el lienzo. Probablemente, también dejó de respirar.

Se despertó rodeada de algunos profesores, el conserje y el hombre que, aunque ella no podía saberlo, la había sujetado en el momento justo y había evitado que se golpeará contra el suelo. No quiso que avisaran a su madre, al fin y al cabo todos estuvieron de acuerdo en que aparentemente no se trataba más que de un mareo. El hombre que Berta no conocía se ofreció a acompañarla hasta su casa, por-

que, según dijo, vivía muy cerca. Los profesores y el conserje volvieron a estar de acuerdo.

Por el camino, el hombre le dijo que la había estado observando mientras ella, a su vez, miraba el cuadro. Se sentía bastante avergonzada por todo lo que había sucedido y por la alarma que había creado en el instituto, por suerte a una hora en la que apenas quedaba nadie allí. Pero el hombre hacía que se sintiera protegida y avergonzada a partes iguales, tal vez porque ya le habían hecho saber que debía estarle agradecida. El hombre desprendía un olor metálico. No era mucho más alto que ella, con una barba canosa y afilada. Se sentía tan incómoda que, a lo mejor, incluso llegó a arrepentirse de no haber consentido que los profesores llamasen a su madre. A ella siempre le pasaban cosas incómodas.

—¿Te gusta el cuadro? ¿Mirabas algo concreto, con tanto detenimiento?

No le apetecía en absoluto hablar con aquel hombre, pero el silencio se le hacía mucho más insoportable.

—No sé.

—Si te gusta, te lo regalo.

El comentario del viejo le hizo reír. Estalló en una risa nerviosa que la avergonzó todavía más, porque no sabía exactamente de qué se reía. Mientras caminaban, escuchaba respirar al hombre. Quería llegar a casa cuanto antes. Ella le dijo que no era necesario que la acompañase, que hacía tiempo que iba sola al instituto, y que tenía prisa, pero él le respondió que se sentiría más tranquilo, después del desmayo, si la veía entrar sana y salva en su casa. Hablaba muy bajo y de manera muy calmada, con un acento especial que Berta no supo identificar. Le dijo que si ella lo prefería, no estaban obligados a hablar, ni siquiera a caminar a la misma altura, que él iría unos cuantos pasos por detrás

de ella, lo suficiente para ver que todo estaba bien, sin molestarla. Ella no dijo que no, pero tampoco se sintió más cómoda cuando, efectivamente, el hombre se retrasó apenas unos pasos para completar los metros que faltaban hasta su casa. No se situaba a su altura ni siquiera en los semáforos en los que ella se detenía, y Berta, por su parte, no necesitó volverse en ningún momento para saber que seguía allí detrás. Ni siquiera se volvió cuando llegó a su portal. Abrió todo lo rápido que pudo la puerta, entró y subió las escaleras hasta su casa corriendo, asustada.

A la mañana siguiente, el cuadro ya no estaba apoyado en la pared del vestíbulo del instituto. No quiso explicarle el incidente de la tarde anterior ni a Lucas ni a Mario, y esperaba que ninguno de los profesores que la habían atendido cometiera la indiscreción de referirse al desmayo delante de nadie. Por fortuna, no lo hicieron. Ni siquiera la jefa de estudios, cuando a última hora se acercó para dejarle en el pupitre un sobre de color granate que Berta no abrió hasta que llegó a casa. Poco después de cruzar la puerta del instituto, junto al semáforo de una esquina cercana, pudo ver al hombre que la tarde anterior la había acompañado después de su mareo. Aunque sus miradas se cruzaron, ninguno de los dos saludó al otro.

El sobre no había sido fabricado en serie, eso era evidente, sino que alguien con habilidad y buen gusto había destinado bastante tiempo a escoger un papel suficientemente grueso, con una textura que mostraba la fibra vegetal y de un color atractivo sin ser estridente. Era un envoltorio que anunciaba el valor de su contenido. Berta lo dejó encima del canterano de la entrada del piso. No le apetecía enfrentarse a lo que fuera que ese sobre le iba a comunicar.

Habían empezado demasiadas cosas nuevas en poco tiempo. Sólo hacía dos meses que su padre se había ido de casa y ya pensaba que se había acostumbrado a las nuevas rutinas, a las variaciones que había sufrido el escenario donde se desarrollaba su vida: ya no se oía la voz de su padre, y nuevos objetos habían ido desplazando a los que fueron habituales hasta entonces.

Cuando supo que su padre se iba de casa, tampoco pareció sorprenderse, quizá ya había empezado a pensar que a ella sólo le correspondían las cosas feas. Por eso tampoco creyó a su padre cuando trató de hacerle entender que ambos empezaban una nueva etapa vital en la que su relación ganaría muchos matices y se haría más sólida. Berta supo desde el primer momento que le tocaría convivir con situaciones desagradables, como el hecho de que la nueva novia de su padre tuviese un brazo deforme acabado en un muñón del que, a su vez, sobresalía un dedo deforme, casi como un garfio con una ridícula uña pintada cuidadosamente de un rojo chillón.

La tarde en que se encontraron los tres en una cafetería del barrio no había podido pensar en otra cosa que en ese muñón mientras su padre hablaba. La imagen del muñón le recordó a Berta el día exacto en el que se dio cuenta de que ella no estaba hecha para las cosas hermosas. Como la señorita Rosa, su maestra de preescolar, no había ido a clase, el barracón que acogía su aula le parecía todavía más gris, a pesar de los dibujos de colorines que colgaban de las paredes y los cristales de las ventanas. La señorita Rosa tenía una hija con un nombre que a Berta le parecía muy extraño, Zulema, Zaida o algo así. La odiaba, porque la niña podía sentirse muy especial con su nombre, y porque ella deseaba que la señorita Rosa la quisiera mucho y, obviamente, si tenía su propia hija, a ella no la iba a querer tanto; aunque

fuese siempre la primera en responder a las preguntas difíciles o se ofreciese para borrar la pizarra. Cuando la señorita Rosa faltó al colegio, vino una señora muy mayor a sustituirla. Vestía una falda oscura de lana que le llegaba hasta debajo de sus rodillas fofas llenas de bultos, con lo cual la tela dejaba ver las robustas pantorrillas y los tobillos que siempre parecían inflamados. Además, calzaba zapatos muy voluminosos con cordones marrones. Ésas eran las piernas de las vecinas de su abuela, todas ya mayores y gordas, siempre enfundadas en batas y mandiles de flores oscuras, fregando la escalera, pero no las de una maestra que debía hacerles comprender lo divertido que era aprender las letras o enseñarles a dibujar para que pudiesen copiar la diversidad de objetos hermosos y animalitos simpáticos que configuran el mundo.

Tampoco le gustaban sus jerséis amplios, de colores oscuros, a través de los cuales se podían intuir sus enormes y flácidos pechos caídos hasta la cintura. Era una anciana, y las ancianas no deberían ser maestras de niñas pequeñas. Tenía la cara redonda, enmarcada por un pelo encrespado que no llegaba a ser rizado, de un color marrón desteñido y con las raíces blancas, que se contenía con una diadema de punto. Las viejas tampoco deberían llevar un accesorio tan infantil. Lo más repulsivo de su cara era la verruga que tenía sobre el extremo derecho de la boca. Era la imagen perfecta de una bruja. Le dolió que esa mujer fuese la maestra sustituta de la señorita Rosa. Siendo tan niña, había descubierto que a ella sólo le correspondían las cosas más feas.

En aquella mujer, ni siquiera era la verruga sobre el labio sombreado por el vello lo que le producía más rechazo. Lo que no podía soportar y le erizaba la piel de todo el cuerpo era su mano deforme, sin desarrollar. Era una mano como de muñeca, más pequeña de lo normal, incompleta.